

Mil veces hemos infringido vuestros santos preceptos, porque, olvidando nuestra miseria, nos precipitamos en las ocasiones peligrosas, y arrostramos temerariamente unos riesgos, en que era difícil sostenerse aún la más sólida virtud. Haced, pues, que en adelante desconfiemos de nosotros mismos, huyamos de los peligros de ofenderos, vivamos siempre en vuestro santo temor, y con este temor triunfemos de nuestros enemigos, alcancemos los efectos de vuestra misericordia, y la gloria eterna, que á todos deseo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FRAGILIDAD.—Cualesquiera que sean los triunfos que hubiéremos obtenido, nunca debemos olvidarnos de nuestra fragilidad.

Cualquiera que sea la experiencia que tuviéremos de nuestra fragilidad, nunca hemos de desconfiar.

FRAGILIDAD.—Siendo una enfermedad difundida en todo nuestro sér, nos obliga á velar minuciosamente sobre todas nuestras facultades, potencias y sentidos.

Siendo la fragilidad nuestra compañera inseparable en este mundo, debe hacernos desear el paraíso.

Siendo la fragilidad comun á los buenos y á los malos, debe considerársela como un obstáculo para nuestra salvacion.

FRAGILIDAD.—La de los justos alienta á los malos para pedir su cooperacion con objeto de obrar el mal.

La fragilidad de los malos obliga á los justos á retraerse de su compañía.

FRATERNIDAD.

Charitas fraternitatis maneat in vobis.
Conservad siempre la caridad para con vuestros hermanos.

(HERB. XIII, 1.)

Si hay una idea que conmueva la opinion, que inspire bellas páginas y fomenté las grandes obras, es seguramente la idea de la fraternidad. Mientras el mundo mira con desden ciertas virtudes evangélicas, la fraternidad cuenta con amigos entusiastas y generosos, que exageran hasta sus derechos, que están equivocados sobre los medios de establecerla, pero que la proclaman como el fin último de toda la historia y de toda la actividad humana. Sin embargo, vemos por dó quiera familias, que se retraen cuanto pueden unas de otras por el rango y la influencia; hombres de corazon duro, que tratan á la tierra, no como patrimonio de todos, sino como patrimonio privilegiado de los más fuertes, de los más astutos, de los más felices; vemos por todas partes la elevacion del menor número y la miseria de la mayor parte de los hombres. ¿Cómo se explica esto? La palabra fraternidad está constantemente en los lábios, y, sin embargo, la verdadera fraternidad no reina en el mundo. ¿Por qué esta contradiccion entre las palabras y los hechos? La doctrina católica es la única que ha producido y produce la caridad de fraternidad; y como los que más hablan de fraternidad son, de ordinario, los que más atacan la doctrina católica, por eso los hechos están en contradiccion con las palabras. No nos forjemos ilusiones; el verdadero amor, la caridad de fraternidad solo se encuentra en las almas que están animadas de la virtud de Jesucristo, en pechos verdaderamente católicos; por consiguiente, no habrá en el mundo verdadera fraternidad, mientras deje de practicarse la doctrina católica. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploramos ántes los auxilios necesarios. A. M.

1. Parece que la fraternidad debería manifestarse en nosotros é inocularsenos por un medio tan sencillo y tan natural como nuestra vida. Y á la verdad, ¿qué somos nosotros? ¿No somos individuos de una misma familia é hijos de un mismo padre? En vano intentariamos borrar las páginas de nuestra genealogía; todos, sin excepcion,

procedemos de un mismo lugar; y mientras el orgullo se crea, fuera del género humano, ilustres y especiales antigüedades, la sangre de Adán habla más alto que todos los títulos, y nos humilla á los piés de nuestro patriarca, como á los piés de nuestro Dios. Con todo, á pesar de esta evidente comunidad de origen y esta fraternidad, que ha establecido la naturaleza entre nosotros, ¿qué espectáculo nos presenta la historia, si la consideramos fuera de la doctrina católica! Algunos años ántes de la venida de Jesucristo, una gran parte de la humanidad no tenia patria, ni familia, ni derechos; estaba inscrita en la ley como si se tratase de una cosa cualquiera y no de los hombres. Tratábasela como una raza de animales más inteligentes, más fuertes que los irracionales; pero que no tenían otra distincion sobre ellos, que el ser más aptos para prestar una servidumbre más provechosa. Hé aquí lo que el hombre hizo del hombre en cuatro mil años; hé aquí á lo que estaba reducida ántes de Jesucristo la fraternidad.

Examinemos, amados oyentes, la causa de este hecho, para comprender la grandeza y la dificultad de la revolucion realizada bajo este concepto por la doctrina católica. La causa de aquel desorden es que el hombre no ama al hombre, porque el hombre no ama el trabajo, porque el hombre no ama la reparticion de sus bienes, porque el hombre, en fin, no ama naturalmente nada de lo que constituye la fraternidad.

El hombre no ama al hombre, porque el amor, este encanto inexplicable, que nos inclina hácia un objeto y nos empele, ménos que á entregarnos á él, á refundirnos en él; el amor, esta maravilla la más incomprendible de nuestra naturaleza, no reconoce sino una causa rara y pasajera en el género humano. Quisiera omitir su nombre, y tengo, hasta cierto punto, algun reparo en nombrarlo en esta cátedra; pero me es imposible prescindir de mencionarlo. El amor no tiene más que una causa, y esta causa es la belleza. Colóquese el hombre en presencia de una naturaleza en que se descubra este don terrible, y como no le preserve un auxilio especial, experimentará sus efectos. Por rebelde, por orgulloso que sea, se inclinará á los piés de lo que ha visto y que le ha subyugado con una mirada. Pero esta belleza, causa del amor, es rara y transitoria en el humano linaje. Solo pertenece á un reducido número; y los seres que están dotados especialmente de esta cualidad, solo gozan un momento de los triunfos que les proporciona. Adorados un dia de su vida, conocen en breve la fragilidad del don que se les ha hecho; los aduladores se apartan á proporcion que van en aumento los años, y algunas veces no se necesita siquiera la cooperacion de los años. El corazón, cautivado á viva fuerza, se des-

prende con rapidez, y de experiencia en experiencia, llegan estos seres, á quienes se ha querido tanto, á no conservar de sí mismos y de los obsequios de los demás nada sino el recuerdo. La belleza, que es el origen del amor, lo es tambien de las mayores desolaciones que hay en el mundo, como si la Providencia y la naturaleza se arrepintiesen de haber hecho á algunos tan singular obsequio.

Si esta es la causa del amor, ¿cómo será amado el linaje humano? Prescindiendo del corto número que posee esta cualidad, y aún con tantas imperfecciones, ¿qué es todo lo demás? ¿Qué ve el hombre á su alrededor? Hombres, no solamente desprovistos de la gracia y de la majestad de su naturaleza, ya que no desfigurados por el trabajo, envilecidos por males sin cuento; hombres en quienes nada se descubre, sino una especie de máquina en movimiento. Y si prescindiendo del cuerpo fijamos la atencion en el alma, se revelan en ella la miseria y la vergüenza bajo aspectos más tristes, que ni aún inspiran la compasion suficiente para no despreciárselos. ¿Qué resta, pues, del amor? ¿En qué resto ó resabio de belleza se fijará el hombre para amar al hombre, y compartir fraternalmente con él las penalidades del trabajo y el goce de sus bienes?

El hombre no ama el trabajo. Ama solamente una actividad que li-sonjee el orgullo é ilusione al tedio; una actividad que presta interés al descanso, y nos proporciona sin fatiga la satisfaccion de gozar de este mundo. Esta es la actividad desidiosa del mando que nos seduce; pero desde que media cansancio real del espíritu ó del cuerpo, tratamos de echarlo sobre los otros, en cuanto nos es posible: el trabajo es una pena. Fué impuesta al hombre cuando Dios le arrojó del paraíso terrenal. Al rechazar el trabajo, no hacemos más que rechazar un castigo; y para aceptarlo, cuando no le tenemos aficion, necesitamos toda la fuerza de la necesidad. Ahora bien; el hombre no tiene amor al hombre; y el horror del trabajo, combinado con su necesidad, le inspira sin cesar la idea y la tentacion de la servidumbre en los otros. ¡Cuán ajenas son estas ideas á la fraternidad, que consiste en la reparticion recíproca de los afectos, del trabajo y de los bienes!

Creerán tal vez algunos, que en llegando el hombre á cierto grado de riqueza, y mientras se vea saciado con lo supérfluo, no experimentará pena alguna en dar lo que es inútil, aún para el lujo más exigente; pero esto es un error. El hombre no dá cosa alguna voluntariamente. Cuando no sabe qué hacer de su dinero, compra tierras que le producen; y si con esto no se satisface, sepulta en profundas arcas este oro inútil bajo todos conceptos, dándose algunas veces el placer de contemplarlo, de contarlo, y de saber cuantos escudos ha

tenido de aumento su felicidad. La intensidad del gozo que con esto experimenta, lo ignoramos, porque nadie aprecia bien otras pasiones que las de que uno mismo ha sido víctima.

Si el hombre no ama al hombre, si odia el trabajo y aborrece toda repartición de sus bienes, ¿quién no ve al fin de estas disposiciones de su alma, como una consecuencia inevitable, la realidad de la servidumbre? ¿Por qué no he de abusar de la fuerza contra el hombre á quien desprecio, para sujetarle á un trabajo de que yo me libro, y que satisface á un tiempo mi fortuna y mi orgullo? ¿Por qué no he reunido el mayor número posible de hombres, á la satisfacción de todos mis sentidos? ¿Por qué no he de tener, si puedo, criados que esquiven de mi rostro los insectos importunos, otros que me lleven en palanquines, otros que me tengan dispuesto un vaso de agua cuando yo tenga sed, y otros que me hagan compañía y que me obsequien? Tal vez no se me presente la ocasión de sujetar á mis semejantes; pero ¿cuándo han faltado ocasiones en el mundo á los opresores? Una vez introducidas en el corazón del hombre las causas de la servidumbre, ¿quién se opondrá á ellas? ¿Dónde se apoyarán los débiles contra los fuertes? ¿Quién hablará al hombre, si el hombre le desprecia? Por un efecto de falta de amor y de pasión para engrandecerse, se formarán necesariamente generaciones desheredadas; estas generaciones se agitarán, impondrán temor á los dichosos del mundo; será preciso crear una fuerza que quite á los oprimidos toda idea de rebelarse, y que permita al egoísmo vivir con tranquilidad. ¿Qué medio más natural de reducirles á una servidumbre que les envilezca á sus propios ojos, y no les permita ni aún soñar en reivindicar su dignidad!

No son estas, amados oyentes, quiméricas interpretaciones de los sentimientos del hombre. Dios permitió que subsistiese la servidumbre hasta ahora, para revelarlos sin cesar, aún á vosotros, lo que sois, sin la caridad, que de él procede. Hubierais podido creer, que amais á los hombres por vosotros mismos, y que basta la filantropía para hacer general la fraternidad. Dios ha cuidado de desengañaros. Haced que los europeos pasen á otro grado de latitud, y se trasladen á otro clima más ardiente, y vereis como entienden la filantropía en los ingenios y fábricas de azúcar. Luego que se hayan proporcionado algunos esclavos, sabrán encontrar las razones más poderosas en favor de la servidumbre. Hé aquí al hombre, hé aquí los obstáculos que debia hallar en él la doctrina católica para el establecimiento de la fraternidad. Veamos como lo ha hecho para triunfar.

2. Cuando Jesucristo quiso fundar el apostolado, pronunció estas

palabras: *Id y enseñad á todas las naciones.* Pero le costó más fundar la fraternidad. Refirióse á ella muchas veces, y le dedicó varios consejos y preceptos. «Os doy, dijo una vez, un mandamiento nuevo; que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado; en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si teneis caridad entre vosotros (JOAN. XIII, 34 et 35).» Observad en primer lugar, oyentes, estas expresiones: «Os doy un mandamiento nuevo.» Jesucristo no las empleó más que en esta ocasión, á lo ménos de una manera tan explícita. Y Jesucristo añade, que este será el signo por el que se conocerán sus discípulos; no porque la humildad, la castidad y las demás virtudes, no sean también signos muy evidentes y muy ciertos de la profesión cristiana, sino porque la caridad es el océano donde comienzan y donde terminan todas las virtudes.

Haced otra observación, oyentes: al publicarse la doctrina católica en el mundo, no dice: Levantaos, armaos, reivindicad vuestros derechos; sino que dice con calma y sencillez: *Amaos unos á otros*; si hay alguno de vosotros que se queje de no ser amado, sea el primero en amar; el amor produce el amor. Cuando se amen dos, y se haya notado la tranquilidad y alegría de su corazón, otro deseará ser amado también, dando su amor, y á este seguirán muchos otros. Lo que os falta no es un derecho, sino una virtud. Ahora bien, la ley es ineficaz para infundiros una virtud, para proporcionaros una de esas victorias. No se adquiere una virtud en los campos de batalla; el alma es la única tierra donde la siembra y la recoge Dios. ¿Qué haceis cuando os hace falta una planta que necesitais ó apetecéis? La buskais lejos, bajo el sol que le dá vida; la sembrais y la cultivais con tanto más cuidado, en cuanto está fuera de su clima natal. ¡Ah! oyentes, la regeneración de la virtud no se diferencia de la de esa planta; no se diferencia de ella, sino en que es ocioso ir tan lejos á buscarla; el reino de Dios está dentro de vosotros: la tierra es vuestra alma, y la semilla acabais de recibirla en estas palabras: *Amaos unos á otros.*

Si alguno de vosotros quiere ser el primero, dijo en otra ocasión Jesucristo, que sea el último; y quien quiera ser el mayor, que sea vuestro siervo; así como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir. (MATTH. XX, 26 ET SEQ.)» Os quejais de ser esclavos; no sabeis lo que decís: esclavo es quien sirve á pesar suyo: servid de propia voluntad, y desaparecerá la esclavitud. Se os ha dicho, que la mayor desgracia y el mayor oprobio es la esclavitud; y yo os digo: haced de la servidumbre un acto de amor; y entonces lo que era ignominia, será gloria; lo que era esclavitud, llegará á ser adhesión; lo que era lo último, llegará á ser lo primero, lo que era el colmo

del infortunio llegará á ser el éxtasis. ¿No sabeis que nada hay más dulce que el amor? Y cuando se ama, se dá; cuando se dá, se sirve; y cuando se sirve por amor, se goza de la felicidad. Servid, pues, amando, y nada os faltará! Amad á vuestros señores, y los desarmareis, y los persuadireis á que os amen tambien, y que se amen mutuamente. Nada es tan comunicativo como la virtud que llega al grado de amor. Vuestros dueños os tenian por enemigos; os tenian más temor que odio; cuando vean, pues, que los amais, y que los servís espontáneamente, se abrirán sus ojos, y nacerá vuestra libertad por sí misma, como brota un fruto del árbol, y cae por sí, cuando está en sazón.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, dijo tambien Jesucristo, porque de ellos es el reino de los cielos.» Os quejais de la insensibilidad del rico; no hagais caso de él: amad la pobreza, y dad lo poco que teneis á los que tienen ménos que vosotros. No digais que no podeis privaros de vuestros bienes si otros no hacen lo mismo; dad los vuestros, desde luego, otros os darán tambien los suyos.

Toda esta doctrina es, sin disputa, tan sencilla como profunda; y no obstante, nadie habia sabido encontrarla. Pero esta doctrina es aún poca cosa; es necesario que se haga eficaz por sí misma, sin auxilio de ninguna victoria y de ninguna legislacion. Es necesario que sea aceptada libremente, es necesario que se la ponga en práctica, y esto sin contrariedad, con todos los instintos de la humanidad. Se ha dicho al hombre, que ame al hombre, á él, que no le amaba; se le ha dicho, que le sirva, á él, que solo quiere ser servido; se le ha dicho, que dé sus bienes, á él, que se horrorizaba de desprenderse de ellos. Y no obstante, ¿cuál ha sido su éxito? Volvamos algunas páginas del Evangelio, y leeremos lo siguiente: «La muchedumbre de los creyentes no tenia más que un corazon y un alma, y ninguno de ellos decia ser suyo propio nada de lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes; y no habia ningun necesitado entre ellos, porque cuantos poseian campos ó casas, las vendian y traian el precio de lo que vendian, y lo ponian á los piés de los apóstoles, y repartian á cada uno lo que habian menester. (Act. iv, 32 ET SEQ.)» La república cristiana estaba formada; república nueva; república desconocida, en que todo el mundo no tenia más que un nombre, el de hermano.

Pero esta república no debia limitarse á una region del mundo, ni constituir en él una clase dichosa, dando de léjos á los hombres el ejemplo de la fraternidad. Tenia delante de sí toda la tierra como único limite de su realizacion, y estaba destinada á establecer en todas partes la reparticion reciproca del amor, del trabajo y de los bie-

nes. Para esta grandiosa obra necesitaba un sacerdocio fundado en el principio de la fraternidad; y lo creó. Destinó para los cargos del gobierno y de la propagacion, no á los príncipes y sábios, sino á aquellos hermanos suyos, en quienes, sin distincion de cuna, fuese mayor la caridad; eligió al hijo del pastor y al hijo del esclavo; puso en su cabeza la corona del sacerdote, la mitra del obispo, la tiara del pontífice; y dijo en alta voz á los príncipes del mundo: Mirad aquel á cuyas plantas ireis á buscar la luz y la bendicion: vosotros, césares, os despojareis un dia de vuestro orgullo, y os inclinareis ante el hijo de vuestro siervo, oculto en otro tiempo en los subterráneos de vuestros palacios: á él confesareis vuestras culpas, y él, tendiendo la mano sobre vosotros os dirá: en el nombre de Dios ¡césar! se te perdonan tus pecados: vete, y no hagas más lo que has hecho. Fácil era de prever el resultado de esto. En cuanto el pobre y el pequeño, eran elevados por el mérito de la humildad al trono de la predicacion y al tribunal de la conciencia, tomaba la naturaleza humana una dignidad sacada de su fondo y de una virtud accesible á todos; no era ya el nacimiento y la guerra, la casualidad ó la habilidad, orígenes distintos de exclusion y de opresion; no era ya el egoismo, sino la caridad, la que tenia el cetro de los destinos del género humano: la esclavitud perdía toda su significacion; y esto, sin mediar luchas entre los señores y los esclavos, sin revoluciones súbitas y sangrientas, sucedia por el orden natural de los acontecimientos.

Pero el trabajo de la fraternidad no se reducía á destruir la esclavitud; debia tambien proveer al servicio de las miserias humanas. La doctrina católica creó para ellas el servicio gratuito, es decir, el servicio de adhesion, sin otra recompensa que la estrictamente necesaria. Esté servicio llevaba consigo indispensablemente la castidad absoluta; sustituia á la familia todo el género humano. No os recordaré su historia, porque todos la sabeis. ¡Quién ignora la ingeniosa fecundidad con que proveyó la doctrina católica de padres y de madres á todos los desgraciados! Vigilando en cada siglo sus propias miserias, ha suscitado cada vez nuevos servidores. Ha hecho surgir á la hermana de la caridad, con la misma facilidad con que formó al caballero de Malta; al hermano de la Merced, lo propio que al amigo del loco y al amigo del leproso. A la vista teneis continuos ejemplos de estas creaciones, en que la fuerza de la caridad alcanza á remediar todas las miserias. Así se ha establecido el reino de la fraternidad entre los hombres, obra increíble aún para el que la ve, si bien debemos explicárnosla. Decidme, hermanos míos; ¿cuál es la causa de tan extraño fenómeno? ¿Por qué y cómo ha sido eficaz solo la doctrina cató-

lica para abolir la servidumbre, para trasformar el corazon del rico y del pobre, para organizar este servicio voluntario y gratuito, que se extiende aún por todo el Universo, á pesar de la conspiracion de tantos hombres, que se esfuerzan en aniquilarla? ¿Cómo sucede esto? ¿cómo la doctrina católica es la única que produce la fraternidad? Es preciso confesar, que esta eficacia de la doctrina católica es divina, porque, si fuese humana, cualquiera otra doctrina le quitaría tarde ó temprano este secreto.

¿Por qué ama hoy el hombre al hombre, si ha dejado al hombre la doctrina católica tal cual era, con su sola naturaleza y su solo atractivo? La belleza, decíamos, es la causa única del amor; es preciso, por lo tanto, que la religion católica háya dado al hombre una belleza, que no tenía anteriormente. Pero ¿cuál? Jesucristo ha puesto en vosotros su propia figura; ha tocado vuestra alma con la suya; ha hecho de él y de vosotros un solo sér moral. No sois vosotros, es él quien vive en vosotros. Una santa decía: si se pudiera ver la belleza de una alma, ya no se podría mirar nada más! Esta belleza, que no ve el mundo, la entrevemos nosotros los cristianos: ella penetra al través de la humanidad deshonrada, nosotros la sentimos, la buscamos: ella nos seduce, no por un dia, como la hermosura humana, sino con la indeleble magia de la eternidad.

Ya tenéis alguna experiencia de la vida; pues bien, decidme: ¿no habeis notado la diferencia entre el hombre que os acoge como hombre, y el hombre que os recibe como cristiano? Dejando aparte á vuestros padres, á vuestros hermanos, y á un corto número de amigos, ¿qué hombre indiferente, por filantrópico que sea, os ha estrechado contra su corazon? ¿En quién habeis reconocido el pecho de la fraternidad? Por mi parte, exceptuando á los que acabo de nombrar, no la he encontrado más que en cristianos, en almas animadas de la virtud de Cristo, almas fraternales, unidas ya íntimamente por la comunión de los santos, y que me revelaban de léjos el éxtasis eterno de la unidad.

Y desde que la razon humana ha combatido y debilitado, bajo diversos aspectos, la doctrina católica en el mundo, ¿qué progresos hace la fraternidad? Su nombre está en todos los lábios, constituye el fondo de los sistemas y de los deseos; no se oye hablar de otra cosa que de asociacion y de comunidad; se tienden las manos por todas partes; y, no obstante, un gemido sordo, una queja unánime denuncia á toda la tierra la frialdad de los corazones. El militar, el magistrado, que se dedica al desempeño de sus cargos; el profesor, que examina y dirige las inclinaciones de un jóven; el hombre político, que estudia de cerca

los grandes resortes del mundo; y, en fin, la sociedad entera, se queja de la frialdad y del vacío que se notan en todas partes. Se nota, hasta en el entusiasmo político, un soplo triste, una respiracion fatigosa, que anuncia al exterior la miseria del interior. Así, cuando declina el sol hácia el horizonte, se detiene y se hiela la savia de la naturaleza: la naturaleza moriría si no confiase siempre en la resurreccion.

La resurreccion vendrá, amados oyentes, y vendrá para nosotros; puesto que el mundo, que rechaza algunas virtudes evangélicas, quiere fraternidad; puesto que está obligado á quererla, y todos los dias se ingenia en formarla: hé ahí el terreno comun en que nos encontraremos. Aprovechémosle. Entre el mundo y nosotros ha de haber competencia en comunicar más amor verdadero, en dar más, recibiendo ménos. Nadie podrá en este conflicto acriminarnos. Lancémonos á él de todo corazon; hemos recibido tanto amor, que nos cuesta poco darlo. Ganemos á nuestros hermanos á fuerza de beneficios.

¡Dios mio! no permitais que sucumba la sociedad por falta de amor fraternal. Haced, por el contrario, que todos nos amemos recíprocamente, que nos socorramos en las necesidades, que nos edifiquemos con saludables ejemplos, y que la caridad de fraternidad nos haga felices en la tierra, y bienaventurados en el cielo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FRATERNIDAD ESPIRITUAL.—El bautismo da principio á nuestra fraternidad espiritual, porque nos hace á todos hijos de Dios y de la Iglesia.

La Eucaristía perfecciona nuestra fraternidad espiritual, porque bebemos en ella la sangre de Jesucristo, la cual nos une y debe infundirnos las mismas inclinaciones.

FRATERNIDAD ESPIRITUAL.—La fraternidad espiritual debe triunfar de la envidia.

La fraternidad espiritual debe infundir un santo estímulo.

La fraternidad espiritual se acrecienta por la fecundidad de la Iglesia.

FRUGALIDAD; véase: SOBRIEDAD.

FUGA DE LAS OCASIONES; véase: OCASIONES.

FUROR; véase: CÓLERA, y DULZURA CRISTIANA, II.

GENEROSIDAD DE LA IGLESIA.

*Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum,
et ambula.*

¿Quieres ser curado?... Levántate, coge tu ca-
milla, y anda.

(JOANN. V. 6 et 8.)

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el origen ó establecimiento de la religion, con poner en ejercicio todos sus ardidés, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado, con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados, con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de dicitorios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fé á los verdaderos creyentes? Apenas el cristiano empieza á sentir que ceden, en parte, estas traidoras sugerencias, cuando se dispone á romper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos, en razon de la resistencia que se le opone, no para hasta recobrar plenamente su libertad, y poder ostentar con orgullo sus religiosos sentimientos.

Así es, á la verdad, cristianos; pero ¿me permitireis que descubra el fondo de mi corazon? ¿Llevareis á mal, que con mi acostumbrada sinceridad, os diga, que la alegría que me ocasionan semejantes escenas, no es pura, porque vuestro desengaño no es completo? Decidme, si no, ¿quién se esmera en reformar sus costumbres? ¿quién ha dicho un eterno adios á sus desórdenes? ¿quién se ha desnudado de sus funestas preocupaciones? ¡Ay! en vez de la moral sublime de Jesucristo, yo veo pupular entre los cristianos máximas carnales y groseras. Yo os veo inclinados á esas absurdas creencias, de que la religion cristiana se vale de horribles calabozos, de extraordinarios é insufribles tormentos, para castigar las culpas, y aún las debilidades de los hombres. ¡Funesto engaño! No negaré que, alguna vez, use de

rigor, pero esto lo hace tan solo, cuando la pertinacia de sus pérfidos hijos la pone el azote en la mano.

Si quereis persuadiros de esta verdad, leed el Evangelio de este dia. En él vereis que, en vez de hogueras encendidas, tiene deliciosos baños de aguas salutíferas, destinados á purificaros de los fétidos humores del vicio, á lavar el alma de la fea mancha de las culpas y asegurar así la verdadera felicidad á los que, de otra suerte, perecerian sin remedio. Acercaos al sagrado tribunal de la penitencia, y vereis una copiosa multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, no ya esperando á que baje el ángel del Señor á mover sus aguas, para conseguir la salud de sus dolencias, como los que esperaban en la piscina de Jerusalem, sino llamados, atraídos, arrastrados por las amorosas voces de la Iglesia y de sus ministros, á participar todos, todos, sin excluir á uno solo, de las infinitas misericordias del Señor.

No espereis que venga á divertirlos con frases pomposas; pero tampoco debeis temer que haya de aterrarlos con los espantosos juicios del Señor. Haceros creíble y amable nuestra divina religion, exponiendo á vuestra consideracion la dulzura y suavidad de su carácter, por el anhelo con que busca, y por la generosidad con que ofrece perdonar aún á sus mayores enemigos, hé aquí mi principal, mi único objeto. Pidamos la gracia. A. M.

1. Es muy natural al delincuente el deseo de que queden impunes sus delitos. Pasados los momentos en que satisfizo los deseos de su pasion, y restituidos á su alma el conocimiento y tranquilidad de que en todo ó en parte le habian privado, luego se le representa el austero semblante de la justicia, que, inflexible, le amenaza con el castigo, proporcionado al número y gravedad de sus crímenes. Esta idea le incomoda, le asusta, le hace odiosa la justicia divina, y le estimula á poner en ejecucion todos los medios de huir ó evadirse de su dominio; y si se le presentase un poder, que le asegurara el perdón de todos sus crímenes, se someteria gustoso á su imperio, aunque fuera el más detestable, y se viera precisado á renunciar la fé del verdadero Dios. ¡Qué ceguedad tan funesta! ¡Qué inmensa desventura la del pecador que se halla en semejante situacion! Esto mismo que con tan vivas ansias desea, y más aún de lo que él ni se atrevería á desear, se lo ofrece la religion; y él, ó no lo vé, ó tiene la insensatez de despreciarlo. Yo no sé por qué se imagina el impío tan terrible y espantosa la religion de Jesucristo y sus santos sacramentos. Figúrasele ver, sin duda, en el Dios de los cristianos un enemigo implacable de la especie humana. Infinitamente ofensiva es, por cier-